



Precio 15 céntimos.

FANTASIAS FEMENINAS



La pulga.



LA PLUMA Y EL PELO

Se ha creído hasta ahora que el bambú no servía más que para fabricar con él bastones y muebles; pero, por lo visto, es también un excelente manjar.

Un médico francés, que le cultivaba en el departa-

mento del Maine-et-Loire, ha hecho nuevos y tiernos de estos vegetales, aderezándolos con salsa blanca, como si fueran espárragos; su sabor resultó parecido al de la col de Bruselas, pero más fino.

Otra ventaja de este comestible es la de ser sano, fácil de digerir y muy económico.

Los chinos y los japoneses le comen con frecuencia, y no les sienta mal.

Esto es muy posible; pero no constituye una recomendación en favor del bambú, porque es sabido que los hijos del Celeste Imperio son muy aficionados al perro en aceite y á las sanguijuelas en salsa de tomate, lo cual no habla mucho en favor de la delicadeza de paladar de los habitantes de China.

* *

Sardou acaba de ser prohibido por los alemanes en el teatro.

Las autoridades de Wiesbaden no han concedido autorización para que se representara en aquel teatro su comedia *La marquise*, por considerarla de tendencias inmorales.

Los cómicos, que cifran en dicha obra grandes esperanzas, han puesto, como vulgarmente se dice, el grito en el cielo, asegurando que no tiene nada de lo que afirman las autoridades de Wiesbaden.

La marquise es una comedia en tres actos, que se estrenó con éxito el año 1889 en el teatro del Vaudeville de París.

* *

Existen ladrones para todo, aún para lo más singular.

¿Qué dirán los lectores que se acaba de robar en la población alemana de Minden?... ¡Dinero ú otro objeto que lo valga!... Nada de eso, los rateros alemanes no son tan vulgares; han querido que esta vez hubiese entre ellos y el objeto robado cierta concomitancia, y despreciando el dinero y las joyas como cosas viles, se apoderaron nada menos que de diez y siete ratas blancas que había en el hospital militar de Minden en estado de observación para ver los efectos que en ellas pudiera causar la inculcación de las enfermedades que allí se tratan.

En vista del gran peligro que envuelve la adquisición de esos animales, la dirección del hospital ha publicado avisos al público en todos los periódicos para que no se compren los diez y siete roedores blancos.

* *

Dos marineros chinos han comparecido la semana última ante el tribunal de policía de Londres. Aproximáronse al juez haciendo profundas reverencias, después recogieron la larga trenza que llegaba al suelo, y por fin depositaron sobre la mesa del tribunal un rollo de pabel de dos metros de largo cubierto de caracteres chinos.

El juez ordenó que un intérprete tradujera aquella, al parecer, solicitud de los dos hijos del Celeste Imperio.

En el escrito, los recurrentes se llamaban á sí mismos «insignificantes, altamente despreciables, semejantes al polvo de la calle y dignos de ser arrojados á una hoguera»; pero así y todo se atrevían á llegar hasta el juez de Londres demandando justicia «persona colmada de honores, digna de todos los respetos y cuyos abuelos han sido siempre bendecidos; Confucio ó Wing-Ham-Cham, el filósofo, no eran nada en comparación de aquel juez cuya integridad brillaba más que el sol del medio día».

Todo esto lo decían los marineros chinos para pedir al juez que les permitiera volver al barco que les había llevado á Londres, «porque el servicio en él era peor que en el infierno».

El juez se declaró incompetente, y envió la petición al Almirantazgo.

* *

Gustavo Freytag, el célebre escritor alemán, muerto recientemente, condenaba con toda su energía la costumbre que existe de publicar, después del fallecimiento de un hombre ilustre, las cartas que los amigos le habían escrito durante su existencia.

Por esto, en una de las cláusulas de su testamento prohíbe terminantemente que se diera á la luz su correspondencia y, por último, encargaba á sus cumplidores testamentarios que las cartas que se encontraran entre sus papeles fueran devueltas á los que las firmaban ó á sus herederos.

«También encargó—decía en otro lugar del testamento—que no se publique ninguno de los numerosos manuscritos que dejó inéditos, excepto aquellos que indicó en otro lugar. Las obras incompletas ó sin terminar no deben echarse jamás al mercado, pues es de muy mal efecto importunar al lector con esa clase de libros.»

Bueno sería que los grandes escritores aprovecharan el ejemplo de Gustavo Freytag, y no se vieran en los escaparates de las librerías tanto libro de muy dudoso mérito.

PABLO DE SEGOVIA.

De callejeo

Madrid

No hay más que dos conversaciones: la guerra de Cuba y la cuestión municipal.

La guerra de Cuba la llevamos al dedillo, y en las últimas horas de los cafés céntricos, con ayuda de los mapas que se venden á ínfimo precio en la Puerta del Sol, los estratégicos discuten y arreglan.

Cuando no hay mapa se improvisa con lápiz sobre el blanco mármol de la mesa, y donde las discusiones son más luminosas es en las tertulias cafetiles que disfrutan de una especie ahora en moda: *el hombre que ha estado en Cuba*.

El hombre que ha estado en Cuba es generalmente coronel retirado y hace en la tertulia veces de Tribunal Supremo que antes de irse á acostar pronuncia la sentencia definitiva. Ahora, con las dudas que se tienen acerca del punto por el cual haya pasado Maceo la trocha, el que ha estado en Cuba es oído con religioso respeto. El lo sabe: es un punto situado hacia tal parte, á un tiro de fusil de tal pueblo. ¡Las veces que él ha estado allí en la guerra pasada, cuando era teniente!

El retirado no se explica cómo ha podido pasar Maceo por semejante lugar sin que le vieran y le zurraran las columnas tal cual, cuando él, en la otra insurrección, defendió aquel paso con cuatro gatos y tuvo en jaque á Calixto García más de seis días, hasta el punto de que el propio Calixto le envió al marcharse una carta muy fina diciéndole que era un valiente, carta que debe tener entre sus papeles y promete llevar al siguiente día al café, aunque todas las noches se le olvida.

Para el hombre que ha estado en Cuba esto de la guerra es un disloque. Nadie puede figurarse lo que á él le indigna la conducta de Martínez Campos, de quien dice muy bajo, al oído de los demás, como si el general pudiera oírle, que es un *cóngrio*... Ha-ta tal punto le exaspera la pasividad del general, que sólo por demostrar que lo hace muy mal se encargaría él, el que ha estado en Cuba, del mando del ejército sólo por quince días y gratis, dando palabra de que antes de la quincena dejaba la isla más tranquila que un pozo.

Verdaderamente es sensible que el gobierno no cuente con estos hombres y que se malgaste sobre la mesa de un café, y sin provecho para nadie, un conocimiento tan profundo de la guerra.

No hay casi que decir que en la cuestión de los chanchullos municipales sucede algo parecido.

Ya nadie se acuerda de los concejales procesados; la cuestión se ha *levantado* á más serenas regiones, y así como en lo que toca á la guerra separatista contamos con el hombre que ha estado en Cuba, en las cuestiones municipales tenemos al que asegura conocer hasta los más escondidos secretos del Ayun-

tamiento. porque para desgracia suya ha tenido con él muchos negocios, todos, por supuesto, limpios, tan limpios que le han permitido tener una fortuna en poco tiempo.

Para él no hay allí nada libre de sospecha; Fulanez es un pillo, Menganez un bandido, Zutanez un bandolero. Todos son bandoleros. Hay que derribar el edificio del Ayuntamiento, hacer uno nuevo, ahorcar á todos los concejales y empleados y llevar allí á Cabriñana de alcalde y á él de secretario y hombre de confianza, que él responde de que no se la dan, porque lo que no vea Cabriñana lo vé él aunque esté bajo siete estados de tierra.

Para el que ha estado en el Ayuntamiento como para el que ha estado en Cuba, lo que se hace son paños calientes y lo que se necesita es resoluciones enérgicas, radicales, sistema 1793. Nada de protestas mesuradas y serenas, nada de manifestaciones correctas y gubernamentales. El, que conoce á Cánovas como si lo hubiera parido, sabe el caso que vá á hacer don Antonio de semejantes emplastos. Pero que se levante el gallo, que *se arme* en la calle una zalagarda de verdad, con tiros y todo, y verán ustedes como Cánovas se achica en seguida y pasa por lo que se quiera.

Repitamos lo dicho más arriba: es un desconocimiento cómo se prescinde del que ha estado en Cuba y del que ha estado en el Ayuntamiento.

Ayer, cuando me dirigía al estreno en Apolo de *Las zapatillas*, encontré en la calle de Alcalá al autor de la música, Federico Chueca. Huía del estreno, con el cuello del gabán levantado, como para que nadie le conociese.

Le detuve y me enteré de que, efectivamente, iba, desconfiado de su obra, á esperar el resultado en un café próximo.

Le obligué á volver sobre sus pasos y á entrar en el escenario para esperar en él el fallo del público.

—Le brindo á usted el segundo número de la obra—me dijo como en pago de mi solicitud.

Le dejé allí y ocupé mi butaca.

Me alegré muchísimo de haber obligado á Chueca á volver al teatro, y debió alegrarse él también, porque la música fué un triunfo no interrumpido. Es del legítimo Chueca, más fresca, retozona y graciosa que nunca, y con un paso doble muy vigoroso, casi superior en brío á la famosísima marcha de *Cádiz*.

Yo, que no soy músico, no podré definir la música de Chueca; es algo raro, muy pegadizo al oído, algo que puede expresarse vagamente diciendo que Chueca es como un prestidigitador de notas musicales.

Con *Las zapatillas* que estrenó Chueca ese día tiene para andar por toda España mucho tiempo.

Son, pues, mucho más sólidas que un par de botas.

FEDERICO URRECHA.

FANTASIAS FEMENINAS'



La pulga.

FANTASIAS FEMENINAS



La pulga.

EL BOCHINCHE RENAIXENSO

LOS MAMBISES EN EL ATENEO

TENIA ya escritas las anteriores líneas y, sobre el tema que indican pensaba hablar largo y tendido, cuando he aquí que de pronto invadió todo mi sér un dulce sopor, un entorpecimiento invencible, algo parecido al efecto que produce la lectura de una tirada de versos amaestrados en libertad, de una tragedia *guimera-yana*.

Y se oyó en las alturas una voz que, con acento cavernoso, pronunció las siguientes palabras:

---Al fin se cumplieron las profecías.

Y ocurrió que, por aquel tiempo, en un pueblo de Judea fué nombrado presidente de un sanhedrin científico, un samaritano.

El cual, por lo mismo que no tenía nada que ver con los judíos aparentaba quererlos mucho.

Porque así pasaba entre los memos por un grande hombre cuando no era más que un hombre grande.

Y los memos no se llamaban así entre los judíos en aquel tiempo.

Habían tomado el nombre gentil de renaixensos.

Y no era porque ellos fuesen gentiles.

Sino porque tenían que volver á nacer para reunir entre todos un átomo de sentido común.

Habían nacido tontos por sus casas.

Y estaba escrito que tontos morirían.

Por eso pasaba entre ellos por un génio el samaritano.

Que no había inventado la pólvora.

Pero había tenido íntimas relaciones con un es-
perpento llamado *en Pólvora*.

Como que se decía que este era hijo de aquel.

Y en Judea había existido hasta hacía poco tiempo un escriba de gran mérito.

El cual había hecho mucha sombra al samaritano.

Pero el escriba fué llamado al seno de Abraham.

Y entonces dijo el samaritano:

—Esta es la mía.

Y gracias á las malas artes de los suyos, logró la presidencia del susodicho sanhedrin.

Y era costumbre que las sesiones del sanhedrin se inaugurasen cuando comienzan los fríos.

Y que el presicente pronunciase un discurso.

Y el samaritano se dijo:

—Yo he de hacer una que sea sonada.

Al sanhedrin concurren gentes de todos los pueblos de Judea.

Si les hablo segun es uso y costumbre, de modo que me entiendan todos, meteré la pata.

Porque yo no sé hablar como Jehovah manda.

Y á pesar de ser un ignorante, quiero pasar por sabio.

Y además, haciendo lo que todos mis antecesores, cumpliría con lo que manda la buena educación.

Y yo no tengo más amigos que los renaixensos.

Los cuales son muy mal educados.

Y se incomodarian si yo me portase como las personas.

Pues les daré gusto haciendo el discurso en un dialecto.

Y el que no me entienda que se fastidie, pues para eso paga.

Todo esto se dijo el samaritano.

Y cuando en el pueblo se enteraron de semejantes propósitos, hubo grandes voces.

Se dijo que aquello era inaudito.

Se recordó que un fariseo ilustre y del mismo pueblo en que se hallaba el samaritano, había estado en el país algunos años antes.

Y que el sanhedrin le invitó á una velada.

Y que el fariseo, cuyo apellido empezaba por P. y acababa en i, sin que tuviera más letras, habló de los renaixensos.

Diciéndoles en buenas palabras, que se alegraba mucho de que escribiesen en su dialecto los que tenían bastante educación para escribir en el idioma del resto de la nación judía.

Porque entre escribir así y faltar á los mandamientos de Jehovah, aquello era menos malo.

Pero que no se olvidara que había un idioma nacional, para el que debían ser todas las preferencias y todos los respetos, sin hacer caso del nombre que llevara, pues alguno había de llevar en sus comienzos.

Y en la mente de todos estaban las palabras de aquel insigne fariseo, cuyo apellido empezaba por P. y acababa en i, sin que tuviese más letras.

Y todos se dolían de que un samaritano se empeñara en ponerlos en ridiculo á los ojos de sus hermanos de los demás pueblos de la Judea.

Pero el samaritano no desistió.

Ni sus secuaces tampoco.

Porque aquel pensaba que hablando como los demás, quedaría muy por debajo de todos ellos.

Y los suyos tenían la terquedad de los tontos.

Que es la peor de todas las terquedades.

Porque hasta á un pillo se le puede convencer.

Pero á un tonto no.

Y he aquí que llegó el día de la primera reunión del sanhedrin.

Y el local estaba lleno de concurrencia, en la que abundaban los partidarios del samaritano.

Los cuales sólo podían figurar entre los judíos porque no eran paganos.

Es decir, porque no habían pagado el óbolo que se exige para tener derecho á entrar en el local.

Y esto hizo que los demás concurrentes pensaran que aquellos guardarían orden y compostura.

Como debe hacerlo el que está en casa ajena.

Pero no los conocían.

Porque sucedió que el samaritano levantóse y dijo: *Senyors...*

Senyors es una palabra caldea que significa señores.

Y algunos miembros del sanhedrin, al oír que no les hablaban en su idioma, se levantaron.

Y entonces los renaixensos los azuzaron como si fuesen de su familia.

Y los insultados se pararon.

Lo cual bastó para que los intrusos se lanzaran sobre los que estaban en su casa y los atropellasen.

Y hubo denuestos y golpes y otras lindezas.

Todo lo cual lo contemplaba el samaritano, pensando:

—¡Ahí me las dén todas!

Porque al fin y al cabo ¿qué le importaban á él, samaritano, las reyertas entre judíos?

Y desde entonces, en el sanhedrin reinó la discordia.

Justo castigo á su debilidad.

Por haber tolerado un presidente samaritano.
 Y por haber dejado tomar alas á los renaixensos.
 Porque donde pone su casco uno de estos, no vuel-
 ve á crecer la hierba.
 Y si crece, se la come.
 Y como esto es el Evangelio, por eso lo he conta-
 do así.
 Y al que le pique, que se rasque.

Calló la voz, cuyas palabras fui yo escribiendo
 inconscientemente.

Y hé aquí como me sale por una friolera el pre-
 sente artículo, que hubiera publicado en el número
 anterior, de no haber sido consagsado éste á Sevilla,
 y resultar, de consiguiente, de más actualidad el
 que le sustituyó.

BLAS QUITO.

RETAZOS

Una disputa infernal
 se armó en casa de Gerona
 al hacer un memorial:
 —«Ponga usted punto final»
 —«No señor, es punto y coma»
 —«Yo le digo á usted que nó»
 —«Yo le digo á usted que sí»
 —«¡Usted enmendarme á mí!»
 —Pero Blas se aproximó
 cuando llegaban aquí.

Le enteraron los demás,
 y él les dijo — «Yo respondo
 de que es punto y nada más»
 —Y como lo dijo Blas,
 hicieron punto redondo.

—¿A Juan no has visto Damian?
 ¡Si es un calvario su pecho!
 ¿Qué ha escrito Juan ó qué ha hecho,
 que tanto cruzan á Juan?
 ¡Lleva con soberbio afan

cruces de distintos nombres....
 — De sus cruces no te asombres,
 que en el siglo de las luces,
 se tapa con grandes cruces
 la pequeñez de los hombres.

R. CARDONA VALVERDE

FÁBULAS

Un gato cazador muy afamado
 por cojer un gorrión que estaba helado,
 á la calle cayó desde un balcon
 y murió el infeliz del coscorrón.
 Y esto prueba, lector, si no me engaño,
 que siempre acaba mal el que hace daño.

Por no pisar don Práxedes un grillo,
 dió un paso falso y se rompió un tobillo.
 En este cuento mis lectores ven,
 que no deben jamás hacer el bién.

R. CARDONA VALVERDE

MESA REVUELTA

LA naturaleza humana no puede sustraerse al
 medio ambiente, por más que no falta quien
 sostenga lo contrario.

En mí por lo menos se cumple aquella ley
 de subordinación al medio, de manera evidente.

Vengo de hacer un viaje por *Las Américas* (vul-
 go Rastro) y no podría, ni por todo el oro del mundo,
 escribir un artículo sobre asunto que reclamara
 unidad.

He visto muchos *retazos* y de retazos voy á llenar
 mis cuartillas.

Guardo para mejor oportunidad los *asuntos con-*
cretos.

Hoy salgo del paso, refiriendo parte de la abiga-
 rrada conversación sostenida ayer tarde en el café
 que he nombrado tantas veces, del cual somos *habi-*
tuados algunos escritores.

Hablando de los chistes de *color subido* con que
 suelen esmaltarse muchos de las modernas produccio-
 nes del teatro por horas, sostenía yo, que todo abso-
 lutamente todo *se podía decir*, cuando el ingenio
 prestara verdadera y gráfica ambigüedad á la frase.

Encontró mi idea abierta y tenaz oposición y como
 en estos casos, los ejemplos prácticos valen más que
 todas las peroraciones, referí el siguiente *calem-*
bourg, de uno de nuestros escritores más famosos.

No hay para qué decir su nombre.

Era capellán, y autor, entre muchas poesías que
 pueden citarse como modelos de bien hablar, de una

oda famosísima, consagrada á enaltecer un hecho
 patriótico del pueblo de Madrid, allá por los princi-
 pios de este siglo.

— Bueno, le pregunta uno al eximio poeta. ¿Y
 V., siendo capellán por qué tiene mujeres á su ser-
 vicio?

— Yo, repuso el hablita insigne, tengo dos cria-
 dos; esos son los que me sirven

— ¿Sí, pero y Policarpa?

— A Policarpa la tengo únicamente para que me
 lave la ropa y.... la casa.

No puede estar el dicho mejor dicho ni ser más
 inofensivo.

Probé también que la mayor parte de los poetas,
 á trueque de decir un chiste, violentan sus con-
 ciencias y en apoyo de mi aserción, cité la siguien-
 te fábula, improvisada por un autor de novelas que
 alcanzó la notoriedad, un puesto en la Academia
 española, y la admiración pública.

Este grande hombre, oía misa todos los domingos
 y fiestas de guardar y confesaba más de una vez
 al año aunque no hubiese peligro de muerte.

Y sin embargo dijo lo que van Vdes. á oír:

«Lloró tanto Leonor á Juan Ortega
 que de tanto llorar se quedó ciega;
 llamó luego á los gritos en su ayuda
 y de tanto gritar... se quedó muda.
 Dios consuela al que llora
 y sino... que lo diga esa señora.

FANTASIAS FEMENINAS



La pulga.

FANTASIAS FEMENINAS



La pulga.

Y ya puesto en el terreno, voy á contar á ustedes algo que tiene muchísima gracia.

* *

Don.... escritor más ó menos distinguido, en aquellos tiempos en que hacía furor *Romances del corazón*, defendía el magnetismo. Hablaba él sólo más que cien cotorras; en tomando la palabra no dejaba meter baza á nadie. Después de treinta minutos de conversación y de haber fatigado con ella al auditorio dijo: «Por medio del magnetismo, la inteligencia baja á las yemas de los dedos. Con el contacto de estos se pone en movimiento un velador, un mueble cualquiera y los dedos hablarían si tuvieran el don de la palabra.»

Don Juan Nicacio Gallegos, interrumpió brusca-mente al orador para decirle: «Tiene V. razón. No es difícil que haya quien vea por los dedos cuando hay quien *habla por los codos*».

* *

Allá va otra.

Un crítico—de esto hace lo menos cincuenta años—hablaba pestes de cierto cantante.

El artista no quiso aguantar más tiempo los ataques del crítico y lo buscó en el café.

—¿Es V. el que dice que canto tan mal?

—Si señor.

Al oír la afirmación el cantante le soltó una bofetada al crítico y éste en vez de meterle al otro un vaso en la cabeza se limitó á decirle: *Y después de eso cantará V. mejor?*

* *

Vamos con *la mot de la fin* que esto se va haciendo largo.

Poco después del inmenso éxito obtenido por García Gutierrez por *Venganza catalana*, estrenó sin conseguir interesar al público el hermosísimo drama titulado, *Juan Lorenzo*.

Comentábase el hecho en un corro de *amateceurs* y el eminente literato D. Juan Eugeuio Harthzembusch dijo: «No hay que extrañar lo ocurrido, los autores dramáticos tenemos dentro esa virtud, la echamos fuera pero no *sabemos cuando*».

¡Ah! Si se supiera no habría malos éxitos.

RAFAEL M.^a LIERN,

CANTARES

En el cielo de tu cara
brillan, mi bien, dos luceros
que unas veces dan luz
y otras me matan de celos.

No te rías de mi pena,
que algún día sufrirás
otra más grande, morena.

El día que yo me muera
no reces por mí, María,
¿A qué mentir un amor

que vivo rechazaría?

Yo te dí mi corazón
entero, sin vacilar,
¿Cómo podría creer
que tú no sabes amar?

No pidas á mi lira
dulces cantares;
sus cuerdas han saltado
por mis afanes.
El alma mía

ya sabes que tan solo
por tí vivía.

Tan profundo es mi querer
que mil vidas que tuviera
colocaría á tus piés.

Es más fácil se hunda el mar
y pierda la luz el sol
que olvidar á la mujer
que mi alma encadenó.

R. GÓMEZ

EL DOMINÓ ROSA

POR Dios señorito!—exclamó Pepita, doncella de la casa y tratando de defenderse con el plumero que limpiaba.

—¡Ay Pepita!—replicó Julio queriendo sujetarla por la cintura. ¡Si supieras cuánto te amo, y tú tan ingrata!

—¡Si la señorita se entera!...

—¡Bah! mi mujer no se fija en eso. Espero que esta noche pidas permiso, y vayas al baile de la Zarzuela.

—¿Y qué voy á decir?

—Que está tu madre enferma y que te llama.

—¡No me atrevo!

—¡Vés! no me quieres.

—Si señor, pero tengo miedo.

—No seas tonta, toma estos diez duros para que alquiles el disfraz que más te guste y espérame allí.

—¡Bien! alquilaré un dominó rosa, que es mi color favorito.

—¡Gracias, hermosa!

Y el estampido de un beso, resonó por el elegante despacho de Julio.

II

Ernestina, esposa de Julio, lloraba amargamente

media hora después en su gabinete acompañada de su madre.

—¿Pero que te pasa?—exclamaba D.^a Bárbara sin comprender aquel llanto.

—¡Soy muy desgraciada!—repetía la joven—Julio me engaña, acabo de escuchar la conversación que ha tenido con mi doncella Pepita.

Y puso á su madre al corriente de todo.

La buena señora, elevó el grito al cielo.

—¡Infame!... ¡Chirivias!

—¡Por Dios mamá, que te puede oír, exclamó asustada Ernestina.

—¡Que me oiga, yo te prometo que de esta no sale sano de mis manos, le vamos á dar un escarmiento; tú vas á hacer lo que yo te mande. Y miren la la doncellita, qué modo de acreditar el puesto que ocupa... ¡pingos más que pingos!...

III

—Señorita, exclamó la doncella penetrando en el gabinete.—Me acaba de decir la portera que mi madre está mala y me manda ir enseguida.

—Si—replicó con ironía D.^a Bárbara.—Pues durante el día es imposible, y esta noche sale la señorita y ya sabes que no me gusta quedarme sola; así es que después enviaremos al criadito para que

se entere si sigue mejor.

Pepita se aterró.

¡Todo se iría á descubrir!

¿Y cómo avisar á su señorito, si éste ya no volvería hasta la madrugada?

IV

El baile estaba brillante.

Infinidad de parejas danzaban al son de un precioso wals.

Allí estaba Julio, y agarrado de su brazo una máscara que lucía un elegante dominó de seda color rosa.

—¿Por qué no te quitas la careta?—la decía con acento cariñoso Julio.

—¡Eso no!—replicó la máscara finiendo la voz.—No ves, que puede venir algún amigo de tu casa y conocerme... ¡Mira, ahora entra el general.

—Es verdad—contestó el jóven—¿Y pedistes permiso?

—Sí, pero me lo negaron y me escapé. ¡Te amo tanto!... Toda la culpa la tiene D.^a Bárbara.

—¡Mi suegra había de ser...! un día la ahogo.

Guardaron silencio.

—¿Qué hora es?—preguntó á poco la máscara.

—Las tres de la mañana. ¿Cenamos?

—¡Sí! vamos de aquí.. ¡hace un calor..!

Ambos abandonaron el salón y se dirigieron á un reservado del restaurán.

Una vez allí, la dijo Julio estrechando cariñosamente la enguantada mano de la máscara.

—¿Y ahora me dejarás contemplar tu lindo rostro?

—Sí— exclamó ésta arrojando la careta al suelo.

Julio retrocedió estupefacto.

—¡Cielos!... ¡¡Mi suegra!!

ARÍN Y VILA.

Á SAN QUINTIN

—Ea, hay que desvanecer este misterio; tú hace una corta temporada has variado sorprendentemente, ¿qué te pasa?

—¡Pero mamá, si yo no he variado!

—¡Niegas una evidencia tal? Esa palidez, esa preocupación diaria, el brillo de tus pupilas, hasta los agitados sueños... ¿no revelan nada? Vamos hija mía, habla á tu madre con franqueza.

—¡Ay, si yo!.....

—No busques disculpas que resultarían estériles. Las madres tenemos mirada de águila, alcanzamos mucho; con que háblame claro, Rita, y no hagas que me impaciente.

—¡Ji, ji, ji, ji!

—¡Lagrimitas ahora? Vaya una contestación más fuera de tono. No llores y respóndeme.

—¡Me quiere mucho! ¡Ji, ji, ji!

—¡Ah! con que te quiere ¿eh? Ya sospechaba yo que andarían amores de por medio. ¿Pero cómo ha podido suceder semejante cosa sin notar yo nada? Estas muchachas son atroces; repóndeme y sécate esos ojos. ¡Qué impaciencia!

—¡Fué en S. Quintín!

—Con que en misa ¿eh?

—El cura alzaba la hostia y.... ¡yo alcé los ojos! después le ví, me miraba; sentí en el pecho un no sé qué y se me cayó el rosario de las manos.

—¡Qué me cuenta V.! Sigue, sigue.

—Nos seguimos mirando, yo por mi parte sin poderlo remediar; V. dormía...

—¡Mentira, chiquilla! Yo no me duermo en misa; estaría rezando.

—Bueno, pues V. rezaba, y yo no podía rezar, pero miraba...

—¿Al altar mayor?

—No; á un altar menor, porque allí estaba él ¡ji, ji, ji, ji!

—¡Ah! ¿Lloras otra vez? Fuera de melindros y cuéntame todo cuanto haya, te lo exijo.

—Concluyó la misa y al dirigirnos á la puerta, me rozó con su brazo y me llamó ¡angel! después me ofreció agua bendita, y V. no lo notó porque dormía, digo porque rezaba, digo porque iba delante.

—¡Ah!....

—Al día siguiente, entre las hojas de una coliflor me subió la criada una carta de él.

—¿Y qué hiciste, indigna y mala hija?

—¡La rompí sin leerla, digo, la leí sin romperla! ¡ji, ji, ji!

—¡Pero otra vez lloras porque leiste.....

—No; lloro porque recuerdo me sentó mal la coliflor al comerla aquel día.

—¿Y que pasó después?

—Me purgué al día siguiente.

—Digo con el novio.

—Ah! pues por espacio de quince dias me ha estado mandando cartas metidas entre las hojas de las coliflores, lechugas ó escarolas que subía la criada en el cesto de la compra.

—¡Pues me gusta!

—El qué ¿la verdura?

—¡Ese modo de burlar la vigilancia de una madre! ¿Qué mas hay?

—Nada más. Solamente nos hemos carteadado de ese modo y nos hemos visto en misa.

—Está bien; Yo cortaré por lo sano. Ahora mismo despido á esta criada y tomaré otra; registraré diariamente la cesta y todos los escondites de la nueva sirvienta y cambiaremos de iglesia para ir á misa. Ya sabes que estoy esperando cumplas los veinte años para casarte con un primo tuyo, que concluirá la carrera de arquitecto para esa fecha. ¡Pues me gusta la poca vergüenza! Desde el próximo domingo iremos á misa á S. Nicolás; yo cortaré estas relaciones ahora que están verdes.

—Como que se han sostenido entre la verdura. ¡Qué desgracia tan grande! ¡Ji, ji, ji!...

* * *

—¿Me ves, Adolfin?

—Sí, á pesar de que está la noche tan obscura distingo un bulto, así como un botijo en el balcón.

—Pues soy yo.

—¡Cuánto te amo, rica mía!

—Más bajo

—¿Que te ame más bajo? Es que yo te adoro por todo lo alto.

—Si digo que hables más quedo, pues mamá pudiera despertarse porque está hoy digustadísima; ha sorprendido nuestras relaciones.

—¡Qué me dices! ¡Ha sorprendido la berengena de esta mañana?

FANTASIAS FEMENINAS



La pulga.

FANTASIAS FEMENINAS



La pulga.

— Precisamente.
 — ¡Maldita sea mi sombra!
 — Pero si apenas se te ve á tí, cómo has de tener sombra esta noche?
 — ¡Tienes razón! Entonces maldita sea la sombra de tu madre.
 — Bravo Adolfin.
 — ¿Y qué vamos á hacer entónces? porque tu madre es por lo visto demasiado lista.
 — Pues su hija lo es mucho más. Escucha; ha despedido á la chica y sobre la que venga ha de ejercer gran vigilancia, de modo es que desde mañana te entiendes con el panadero, y en el cesto del pan pones las cartas.

— ¡Qué felicidad! ¡Amor y panecillos!
 — Además, como sabe que nos vemos en S. Quintín, me ha indicado que desde el próximo domingo iremos á S. Nicolás, pero ¡á mí me va á engañar ella! á S. Quintín es á donde volveremos, porque lo que se ha propuesto al decirme eso es que yo citándote allí me esperases en tal parte y no lográramos vernos estando cada uno en una iglesia.
 — Tienes razón; vales un potosí, mi vida.
 — Con que ya lo sabes á S. Quintín.
 — Justo, á S. Quintín otra vez.
 — Adios, rico.
 — Que te ensanquitines, digo, que descanses, reina. Hasta el domingo.

J. GARCÍA BOSQUE.

UNA AGONIA

Es el único cuarto que nos queda—me dijo una de las criadas de la fonda, llamada Margarita—y no habrá en muchos días ninguna habitación vacante.

Entré en un diminuto aposento con mi maleta en la mano. Una puerta cerrada lo separaba del cuarto contiguo. Pero la ventana daba al paseo de los Ingleses, y cuando se llega á Niza, á las tres de la madrugada, la víspera de la batalla de flores, hay que conformarse con lo primero que se encuentra.

Apenas hube dormido un cuarto de hora cuando me despertó con sobresalto un ruido muy cercano á mi lecho.

Un tanto intranquilo, encendí luz á toda prisa, salté de la cama y me arrodillé para ver si había algo debajo de ella.

Registré el cuarto, y al notar que estaba vacío, creí que había sido víctima de una pesadilla, cuando de repente se reprodujo el ruido.

—Paréceme que alguien solloza en el cuarto inmediato—dije para mí.—Será algún inglés que padece de dolor de muelas ó que habrá comido más de lo regular.

Volvíme á acostar tranquilamente y apagué la luz.

Mas, apenas había inclinado la cabeza sobre la almohada, oí de nuevo los sollozos, más lentos, pero siempre en extremo dolorosos y acongojados.

A los pocos instantes, una voz de mujer murmuró con acento lloroso:

—¿Pero no viene ese médico?

Después de un rato de silencio, contestó una voz de hombre:

—¡Paciencia, amiga mía! Mi carta le habrá sorprendido en el lecho, y hay que concederle el tiempo necesario para que venga.

En aquel momento oí el ruido de una cuchara movida contra las paredes de un vaso, y la voz de la mujer, que decía:

—¿Quieres beber, hermoso mío? Es tu medicina... para curarte.

Transcurridos diez minutos sin que nada se oyera, y en medio del silencio, distinguí los pasos de alguien que subía la escalera, se acercaba, llegaba al corredor y entraba en el cuarto inmediato al mío.

—¡Ah, doctor... gracias, mil gracias!—exclamó mi vecina.

El médico no contestó en un principio; pero al cabo de algunos instantes, dijo:

—¿Para qué me han molestado ustedede? No hay nada absolutamente de nuevo.

—Es que hace un momento se ahogaba—repuso

la mujer—y creí que iba á expirar. ¡Sálvele usted, doctor, sálvele usted por piedad!

—Tranquílicese usted, señora; he hecho todo lo necesario y no es posible cambiar el plan curativo. Si duerme, no le despierte usted para hacerle tomar la medicina. El sueño es lo que más le conviene.

Los pesados pasos del médico se dirigieron hacia la puerta, y, cuando ví que le acompañaban, no pude resistir á la tentación que me obligó á abandonar el lecho y echar un vistazo por el corredor.

Con gran sorpresa mía, noté la presencia de un caballero muy grueso y calvo, que sin duda tenía más de setenta años. El buen señor iba en mangas de camisa y llevaba una palmatoria en la mano.

Al llegar al extremo del corredor, se detuvo y preguntó al médico:

—¡La verdad, doctor, dígame usted la verdad!

—¡Todo ha concluído!—exclamó el facultativo. La congestión se ha apoderado de los dos pulmones y la muerte es cuestión de poco tiempo.

Ocultéme á toda prisa y me volví á acostar, sin que me fuera posible conciliar el sueño.

A las cuatro y media de la mañana oí el siguiente diálogo entre mis vecinos:

—¡Dios mío! ¡Dios mío!...

—¡Abre la ventana!...

—¡El infeliz se ahoga!

—¡Socorro! ¡Socorro!...

No pude soportar por más tiempo aquel suplicio. Comenzaba á rayar el alba y me vestí apresuradamente, saliendo enseguida y dirigiéndome al mar.

Y con la vista fija en el nascente sol me preguntaba si la mano que sostiene los astros en el cielo no habría podido establecer entre la alegría y el dolor la misma medida que existe entre la luz y la sombra.

A las ocho regresé á la fonda con objeto de cojer mi paraguas para evitar los rayos del astro del día.

A la puerta del cuarto encontré á Margarita, la cual salía de la habitación de mis vecinos.

—¿Ha muerto?...—le pregunté con aire entristecido.

—Sí, señor—me contestó.—No se consolarán nunca de la desgracia que les aflige. ¡Son tan viejos!... Su madre murió al nacer el hijo á quien tanto han querido. Mire usted, era una preciosidad.

Y abriendo los pliegues de su delantal, que tenía recogido como un saco, me enseñó Margarita un perro faldero, con las patitas estiradas y ya completamente rígido, como los conejos que se ven en los puestos de los mercados.

HUGO LEROUX

MISCELANEAS

A NUESTROS LECTORES

Participamos á nuestros numerosos lectores que estamos preparando un

NÚMERO EXTRAORDINARIO

PARA

AÑO NUEVO

que constará de treinta y dos páginas ilustradas con verdadera profusión y riqueza y escogidísimo texto.

¡Vivir para ver!

Charadas

En el *primera* te ví,
en el *primera* te amé,
por eso *todo* gentil
siempre al *primera* adoré.

En un *primera segunda*
á mi *todo* dí *tres cuarta*,
con una *primera cuatro*
de *dos cuatro* saturada.
¡Oh, *primera dos*! ¡Oh, mi *todo*!
¡Reina de mi corazón!
no rechaces el cariño
que te brinda mi pasión.

Pajarita numérica

2 8 5 6 8 4 2	En los cuarteles.
4 3 4 1 8 9	Nombre de varón.
8 9 5 6 2	Actor célebre.
8 9 5 2	Capital.
3 4 1 8 2	Bebida.
8 9 5 6 8 9	En el campo.
7 9 8 6 8 9 3	En las corridas de toros
1 6 5 6 7 8 4 9	Nombre propio.
1 2 3 4 5 6 7 8 9	Aparato de Física.
4 1 4 9 7 4 3 5 9	Enfermedad.
3 2 8 2 3 2 7 6	Músico célebre.
1 9 8 9 7 6 2	Nombre de mujer.

Sustituir los números por letras de modo que resulte.

Cruz acróstica

· · · · · *	Material de construcción.
· · · · · *	Nombre de mujer.
· · · · · *	Empleado en correos.
· · · · · *	Nombre de varón.
· · · · · *	Oficio.
· · · · · *	Corriente de agua.
· · · · · *	Número.
· · · · · *	Personaje de la Hist. Sagrada.
· · · · · *	Pueblo.
· · · · · *	En los puentes
· · · · · *	Nombre propio.

Leyendo horizontalmente lo que á la derecha se expresa, resultará en la línea vertical de estrellas el nombre y apellido de un eminente actor.

R. GÓMEZ.

Carta charadística

Querido *todo*: Por *prima-dos-tercia-quinta* que es hermano *cuarta-segunda*, te remito el *prima* que tanto le gusta á tu mamá; recibirás también láminas de *segunda-quinta*.

Tuyo affmo. que *prima* quiere.

Tercia-quinta-prima-dos.

ANTONIO REGLERO SOTO

Las soluciones en el número próximo.

Soluciones al número anterior

A las charadas:

- 1.^a — *Mi-na-re-te*
- 2.^a — *Ca-lix-to*
- 3.^a — *Es-tó-ma go*

A la Pajarita numérica:

c a r i d a d
l i t e r a
c a r r o
c e r o
r o d a r
l o r e t o
r o d i l l a
c a r t i l l a
d e c á l i t r o
c a r r e t e r o
l i c o r e r a
c a r i c a l

SE HALLA DE VENTA EL DÉCIMO TERCERO CUADERNO

DE

LA GUERRA DE CUBA

POR

V. Suárez Casañ

BASES DE SUSCRICIÓN

Serie de 10 cuadernos. . . . 1'50 ptas.  Serie de 20 cuadernos. . . . 3 ptas.

A todo pedido ha de acompañar su importe, sin cuyo requisito no se servirá ninguna suscripción

Todos los pedidos á **D. Pedro Motilba**, Rambla del Centro, kiosco número 3. — BARCELONA

Imp. de Redondo y Xumetra, Tallers, 70.

FANTASIAS FEMENINAS



La pulga.

50
25
195
150
125

LA SAETA

PERIÓDICO SEMANAL, LITERARIO-ARTÍSTICO

Director:

V. SUAREZ CASAÑ

TODA LA CORRESPONDENCIA

A D. PEDRO MOTILBA

Rambla del Centro, Kiosco n.º 3. Barcelona.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN:

Semestre.	5 Ptas.
Un año.	8 >
Extranjero y Ultramar.	15 >

No se admiten suscripciones por menos de seis meses.
—Las suscripciones empiezan el primero de cada mes.—
Pago adelantado.

CORRESPONSAL EN BARCELONA PARA LA VENTA

de
periódicos de Madrid y provincias

D. PEDRO MOTILBA

Rambla del Centro, Kiosco n.º 3.

- ◆ ◆ ◆ ◆ ◆ El Liberal ◆ ◆ ◆ ◆ ◆
- ◆ ◆ La Correspondencia de España ◆ ◆
- ◆ ◆ ◆ El Herald ◆ ◆ El Globo ◆ ◆ ◆
- ◆ El País ◆ El Enano ◆ La Granvia ◆
- El Pelotari ◆ ◆ ◆ La Bandera Federal
- ◆ ◆ ◆ El Nuevo Mundo ◆ ◆ ◆
- ◆ ◆ ◆ ◆ ◆ La Lidia ◆ ◆ ◆ ◆ ◆